

ARTÍCULOS RESEÑA

PATRONES DEL PASADO. UN ENSAYO SOBRE HISTORIA CRÍTICA Y ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA

SAURABH DUBE

El Colegio de México

BEAR, Laura, *Lines of the Nation: Indian Railway Workers, Bureaucracy, and the Intimate Historical Self*, Nueva York, Columbia University Press, 2007.

CHATURVEDI, Vinayak, *Peasant Pasts: History and Memory in Western India*, Berkeley, University of California Press, 2007.

DESHPANDE, Prachi, *Creative Pasts: Historical Memory and Identity in Western India, 1700-1960*, Nueva York, Columbia University Press, 2007.

Es bien sabido, en lo referente al subcontinente indio, que los últimos tres decenios han sido testigos de un gran avance en las humanidades y las ciencias sociales, sobre todo en el trabajo de la historia y la etnografía. Los argumentos de los estudios subalternos y las perspectivas poscoloniales, las antropologías históricas y las historias etnográficas, las propuestas feministas y las convicciones posfundacionales, a través de sus iniciativas interdisciplinarias e imaginarios innovadores, han desempeñado un papel crucial.¹

En otras ocasiones he analizado la manera en que dichas corrientes académicas han dado lugar a replanteamientos críticos

¹ Para un análisis más amplio sobre estos temas, véase Saurabh Dube (ed.), *Historical Anthropology*, Nueva Delhi y Nueva York, Oxford University Press, 2007; y Saurabh Dube (ed.), *Postcolonial Passages: Contemporary History-writing on India*, Nueva Delhi y Nueva York, Oxford University Press, 2004. A lo largo de este artículo reseña, me referiré a los escritos de mi autoría, que ampliamente citan la literatura que es relevante y resumen los debates y discusiones que aquí se tratan.

y exploraciones inventivas de las relaciones entre colonia y comunidad, nación y ciudadano, modernidad y sujeto, y también pasado y presente.² En el presente análisis, me enfocaré en tres estudios notables pertenecientes a una nueva generación de académicos y cuyos trabajos se publicaron unos treinta años después del inicio de los puntos de partida clave de los estudios del Sur de Asia. Al mismo tiempo, explícita e implícitamente intento plantear dos interrogantes: ¿De qué manera estos trabajos contribuyen al avance de la erudición previa y a la vez dan pie a nuevas discusiones? ¿Cuáles son las posibilidades y cuáles los problemas que subyacen a algunos de los escritos recientes más importantes del subcontinente? El análisis presenta el estudio por separado de cada obra y no obstante, su encuentro con una gama de intereses comunes establecerá la interconexión entre los tres.

1

Peasants Pasts es una versión innovadora e imaginativa de la política popular, la cual muestra los predicamentos y las posibilidades del registro histórico que se relaciona con mundos subalternos. Asimismo, es un empeño curioso e intrigante que no logra articular adecuadamente su propia trascendencia. La historia está ambientada en el distrito de Kheda en la provincia de Gujarat, al oeste de India occidental, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Los protagonistas son miembros de una comunidad pobre, Dharala, que se encuentra bajo el yugo económico y social de la casta agrícola Patidar de la región. A los Partidar, tanto en textos académicos como en comentarios políticos, se les ha descrito como un grupo excepcional, incluso ejemplar, iniciadores del nacionalismo campesino y aliados de Mahatma (Mohandas K.) Gandhi. En cambio, en los reinos de la representación los Dharala aparecen como figuras marginales que se mencionan principalmente por sus inclinaciones “criminales”. El contraste le da un toque conmovedor a la empática y accesible narrativa de Vinayak Chaturvedi.

² Véase, por ejemplo, Saurabh Dube, “Historical anthropology of modern India”, *History Compass*, 5, 3, 2007, pp. 763-779; y Saurabh Dube, “Anthropology, history, historical anthropology”, en Dube (ed.), *Historical Anthropology*, pp. 1-73.

Tras la introducción, el relato se divide en tres partes, cada una hecha de tramas que se entrecruzan. La primera parte se inspira en los procesos judiciales, en particular los testimonios campesinos en las cortes coloniales y otros registros oficiales. Cuenta la historia de Ranchod Vira, un campesino pobre y *bhagat* (figura religiosa), quien desafía a las autoridades locales y al gobierno colonial en el año 1897. Este movimiento y sus ideas políticas se presentan como constitutivos de tres escenarios superpuestos: las creencias y las prácticas religiosas populares, la interrelación entre los ámbitos oral y escrito, y los cambios dentro de la estructura agraria y la administración imperial. A continuación Chaturvedi aborda las preocupaciones de los Dharala a principios del siglo xx, que abarcan los empeños de la época, como la iniciativa de Daduram, figura religiosa, hasta los esfuerzos relacionados a las conferencias de las castas, las huelgas y el bandidaje rural. Éstos últimos se ubican bajo el contexto de las imposiciones imperiales, como la Ley Penal de Tribus (*Criminal Tribes Act*) cuyo blanco fueron los Dharala y las expresiones nacionalistas del campesinado Patidar, liderado por Gandhi. El desenlace pone de manifiesto los descubrimientos de Chaturvedi en los archivos y el terreno mismo. Su obstinada búsqueda de detalles e historias, hecha de hallazgos fortuitos y descubrimientos contingentes, son detalles que caracterizan debates inacabados, legados polémicos, la presencia viviente de los empeños de Ranchod y Daduram. A cada paso, Chaturvedi hábilmente extrae la historia de archivos en jirones y materiales de campo episódicos, fragmentarios, que empero cuentan la historia de los mundos campesinos, del pasado y del presente, con tal plenitud que mi escueto resumen difícilmente logra capturar.

Las obras de crítica sobre el nacionalismo anticolonial y la política popular en el Sur de Asia, en especial los textos de los estudios subalternos, han ampliado de manera creativa las condiciones de la prevaleciente asociación entre historia y nación de la modernidad. Pero tal erudición ha surgido y se ha moldeado por estos vínculos, incapaz de romper con ellos de una buena vez.³ Las condiciones para lograrlo yacen en esta impresionante

³ Cfr. Saurabh Dube, "Anthropology, history, historical anthropology".

colección de Chaturvedi y sus diversas controversias. Están presentes no sólo en el contenido esencial del estudio, sino también en su forma de organización. De hecho, la notabilidad de *Peasant Pasts* es intrínseca a su narración, en la medida en que un registro necesariamente fragmentario, incluso perverso, da lugar a finas viñetas de los mundos campesinos, un ensamblaje y un conjunto que puede ser abordado más allá de las previsiones de la historia en el espejo de la nación.

Aun así, Chaturvedi habla sólo escasamente de las implicaciones críticas de su amplio recuento. Por tanto, las estrategias analíticas de la obra —a diferencia de su textura hermenéutica— generan afirmaciones obvias. Entre ellas, las relacionadas a los Dharala como autores de ideas y acciones políticas viables, que se han proyectado como el pretendidamente dominante anticolonialismo de los Partidar en la región; la marginación de la comunidad, ocasionada por la administración colonial y el nacionalismo indio; y la continua transición de los Dharala hacia la nación poscolonial. Como resultado, mientras da a conocer sus polémicas características, Chaturvedi, no obstante, da por hecho tanto la escritura de la historia como la nación moderna, en vez de desasociar estos dos conceptos-entidades mientras sostiene un espejo ante sus interminables enredos. Asimismo, el autor deja pasar la oportunidad de articular de manera crítica sus argumentos tempranos sobre el tema. De manera similar, en el intento un tanto inocente de integrar el registro histórico, Chaturvedi se olvida del hecho de que su propia narrativa es una interpretación inesperada de los hechos, que expresa “evidencias” que no pasan fácilmente por certezas inertes, sino que hablan a través del eco de una sospecha persistente, al acecho.⁴

Todo esto anuncia otras limitaciones críticas. En primer lugar, Chaturvedi invoca de forma constante las “costumbres locales” como un recurso explicativo, pero hace caso omiso de las transformaciones en este terreno a través del tiempo. En segundo lugar, el estudio subraya la importancia de la política popular del reino, pero no logra ubicar a la monarquía en las

⁴ Peter Redfield, *Space in the Tropics: From Convicts to Rockets in French Guiana*, Berkeley, University of California Press, 2000; y Saurabh Dube, *Stitches on Time: Colonial Textures and Postcolonial Tangles*, Durham y Londres, Duke University Press, 2004.

formaciones de casta y sus derivados. Por último, la obra resta importancia al lugar y presencia de las estipulaciones, conexiones y símbolos del poder —coloniales y nacionales— en la construcción interna de la comunidad Dharala, y de ese modo pasa por alto la enunciación de las texturas tangibles de las aprehensiones de grupo acerca de la colonia y la nación.

Evidentemente, esta crítica no busca descartar el valor de *Peasant Pasts*, sino contribuir a una mejor apreciación de sus logros, especialmente en relación a la construcción de una narrativa de texturas y capas múltiples acerca de los márgenes históricos. Todo esto ofrece nuevos retos en cuanto a replantear y reescribir la historia de los campesinos y la política se refiere —incluyendo los contranacionalismos y colonialismos—, gracias a la cautelosa exploración del inextricable trenzado de historia y nación.

2

Creative Pasts es un trabajo inteligente y relevante. Creativamente, Prachi Deshpande construye “una historia social de la historiografía” (p. 6), o una genealogía de la historia, que conlleva a la superposición de pasados que, no obstante, son excluyentes, dentro de la gran región de Maharashtra, al oeste de India. La autora combina una serie de lecturas que apuntan hacia una variedad de materiales culturales y literarios tomados de los archivos en las lenguas marathi e inglesa. Así, el libro revela los términos, los matices y las transformaciones no sólo del escrito histórico, sino también de la conciencia histórica, la memoria y la identidad de la región durante los últimos trescientos años.

Deshpande escribe con un estilo animado y lúcido, y el libro se ve envuelto en una ajustada organización, sin dejar atrás una estructura esquemática. Estas características se muestran a partir de la introducción, que de forma sencilla plantea cuestiones incisivas que inician con la evocación de una presencia palpable del pasado relativo al periodo Maratha, de los siglos XVII y XVIII, en los mundos cotidianos a través de las limitantes dualidades entre la Historia y la Memoria, y la historia académica y el pasado popular en los estudios contemporáneos.

Deshpande empieza con una discusión sobre el *bakhar* precolonial, “una prosa narrativa histórica que se produjo ampliamente en el siglo XVIII del Maharashtra” (p. 13) y que describía los eventos en secuencia, logrando una recreación literaria del pasado. La autora se centra en cuatro de estos textos con el fin de explorar su “percepción de la historia y su práctica historiográfica” (p. 20), incluidos los mundos burocráticos. Deshpande sostiene que las descripciones están arraigadas profundamente con las modalidades de legitimidad y autoridad e implícitas en el surgimiento y la expresión de poder del imperio Maratha. Por un lado, Deshpande analiza el papel de la exclusividad hindú y los valores brahmánicos, así como la posición de los códigos culturales de conducta marcial, y así examina “las maneras en las que las descripciones, a pesar de reconocer distintos *loci* de poder, invocan la idea y la autoridad de un gran Estado Maratha centralizado” (p. 13). Por otro lado, la autora analiza las convergencias y divergencias entre las narrativas *bakhar* y las tradiciones poéticas más populares, a menudo orales, y sugiere que de diferentes maneras estos dos “géneros, con fronteras porosas, contribuyeron a la formación, a través del tiempo, de una memoria popular histórica de las hazañas militares y políticas del Maratha” (p. 70).

En contraste con este telón de fondo, el resto del libro señala las transformaciones de las narrativas históricas en virtud de la experiencia de una “modernidad colonial”. El estudio retoma las formaciones de los discursos coloniales sobre la historia del Maratha, incluyendo su posible condición en forma de traductores e interlocutores “nativos”; y abarca la institucionalización del conocimiento histórico como parte del establecimiento de la educación occidental para la clase media, especialmente su reproducción simultánea y su impugnación en los contextos coloniales. El libro retoma “los debates entre los escritores marathi y los académicos a fines del siglo XIX sobre la idea de la historia, su contenido y los objetos adecuados de investigación, su forma y práctica” (p. 94). Asimismo, busca las representaciones nacionalistas del periodo Maratha insinuadas tanto en la expresión de una identidad regional maratha moderna, como en la articulación de esa identidad con un imaginario nacional indio más amplio. El recuento sigue la pista del

encuentro y la unión, las separaciones y los divorcios, entre las representaciones “históricas” y “literarias”, y traza el desafío de las castas en la imaginación de la historia. En este terreno cambiante y agreste, Deshpande crea un caso creíble en contra de la celebración de la memoria como un antídoto *a priori* a la autoridad, subrayando incluso sus dimensiones predominantes y divisorias. También, reconoce (aunque lo explora de forma limitada) los enredos entre los métodos, las narrativas y las categorías precoloniales, coloniales y nacionalistas.

De nueva cuenta, el objetivo de la descripción que he presentado es señalar la riqueza del estudio de Deshpande. Al mismo tiempo, si se lee a través de filtros complementarios, críticos y constructivos, los argumentos dan lugar a una serie de cuestionamientos cruciales. En realidad, el libro debería considerarse como un interlocutor en el replanteamiento reciente de la historia, el cual tiene que ver con al menos tres desarrollos fundamentales.⁵ El primero es el reconocimiento de la historia como un recurso negociable, tal como lo son las representaciones culturales y los hechos sociales dentro de las configuraciones cambiantes de los mundos sociales. El segundo consiste en la formulación de preguntas clave sobre la relación entre el escrito histórico y la nación moderna. Sin tomar partido, Deshpande aborda estos dos temas de forma explícita e implícita, e incluso les confiere importancia crítica. El tercer desarrollo trae a la luz diversas interpretaciones sobre las diferentes formas de la conciencia histórica, con variaciones en su grado de elaboración simbólica, su habilidad para penetrar en múltiples contextos y su capacidad para captar la imaginación popular. Es aquí donde el recuento de Deshpande revela la ambivalencia.

El libro analiza las narrativas *bakhar* a través de cuestionar la división entre las cualidades literarias e históricas, así como las afirmaciones sobre la falta de conciencia histórica en la India precolonial. Si bien este movimiento le permite a Deshpande argumentar que dichas narrativas son un modo legítimo de escribir la historia, también sugiere que el autor no está de acuerdo en que sus distintivos atributos son fuente de conciencia histórica. De ello también se deduce que, cuando el tra-

⁵ Saurabh Dube, “Historical anthropology of modern India”.

bajo realmente explora los atributos específicos de este género y elabora sus medios de autoridad, la discusión sobre las características de esta forma de escribir la historia se subordina y acompaña a un compromiso nodal con las preocupaciones historiográficas, concernientes a la formación y las prácticas administrativas en el contexto del Maratha.

Los problemas tienen que ver con la evidente renuencia de Deshpande a desasociar (y alienar) el conocimiento histórico, como una práctica, una disciplina y una forma de la imaginación. (Lo cual no es distinto en el caso de *Peasant Pasts* de Chaturvedi). Por una parte, tales tendencias llevan a la autora a admitir sólo precariamente las diversas discusiones críticas sobre la formación de la conciencia histórica y su polémica conexión con los géneros escritos, que llegan a asimilar dicho conocimiento en los estudios de la memoria en el contexto indio (por ej. pp. 3, 213, núm. 9). Por otra parte, Deshpande pasa por alto justamente las formas de autoridad, en particular los procedimientos de selección y edición en la producción de colecciones de narrativas principalmente de las tradiciones orales, de la misma forma en que el libro, de un modo un tanto incierto, privilegia lo textual para aproximarse, con dificultad, al pasado, y así, da por hecho el origen de la historia. Las tensiones en este inventivo e innovador trabajo no están de más. Al contrario, considerarlas resulta productivo.

3

Lines of the Nation es un libro brillante. Con base en una riqueza de registros históricos y materiales de campo, Laura Bear escribe una antropología histórica sobresaliente sobre el tranvía indio y la comunidad anglo-india, una ilustre “casta del tranvía”. Se trata no sólo de un recuento que entreteje imaginativamente lo institucional y lo individual, el poder y el proceso, la autoridad y la identidad; sino también de un trabajo donde la historia y la etnografía —y de hecho el pasado y el presente— convergen creativamente al tiempo que se colapsan, como un espejo de nuestro entendimiento heredado y las expectativas de los mundos sociales. Aquí yacen interpretaciones,

esperanzas y mundos de modernidad y moralidad, imperio e intimidad, nación y minoría, género y diferencia, estado y sexualidad, ciudadanía y parentesco, raza y familia, dominación y autorrealización, comunidad y sujeto. En suma, *Lines of the Nation* está entre los trabajos académicos recientes más importantes sobre el subcontinente indio, un estudio creativo que trabaja con materiales del Sur de Asia y aborda una amplia serie de preocupaciones críticas.

El punto de partida de Bear es un contraste clave. Por un lado, desde sus inicios el tranvía prometía materializar de forma milagrosa “la libertad individual y el progreso social”. (Esto forma parte de los encantamientos modernos que incesantemente proyectan rupturas radicales con el pasado tradicional).⁶ Por otro lado, junto con otras instituciones de la modernidad, el tranvía precisamente se construye con base en “viejas prácticas de dominación y distinción social”. (Lo cual quiere decir que, los periodos, los terrenos y las texturas de la modernidad están embrujados por prácticas y principios, así como ansiedades y afectos derivados de formaciones culturales previas, que lejos de desaparecer, se instituyen en la formación de nuevos mundos).⁷ Esta tensión queda al descubierto a través de “la investigación etnográfica que Bear hace en la comunidad ferroviaria en Kharagpur, en Bengala occidental, con redes de familias dispersas en diversos lugares, y en la oficina central de Eastern Railways en Calcuta” (p. 3); también, por su trabajo como historiadora con los archivos locales de la misma compañía y la reinterpretación simultánea de los mismos a través de la experiencia de campo.

Después de presentar una introducción detallada y confeccionada con sensibilidad —que al mismo tiempo es accesible y evocadora, características que se mantienen de principio a fin en la narrativa de Bear— el libro se divide en dos partes. La primera “vuelve a narrarnos la historia del tranvía” y nos brinda “una mirada única dentro del proceso de formación institucional y espacial del Estado colonial y poscolonial en India —de la

⁶ Véase, por ejemplo, Saurabh Dube (ed.), *Enchantments of Modernity: Empire, Nation, Globalization*, Nueva Delhi y Londres, Routledge, 2009.

⁷ Véase especialmente Saurabh Dube, “Modernity and its enchantments”, en Dube (ed.), *Enchantments of Modernity*, pp. 1-43.

creación de su verticalidad y el tratamiento de materias indias a través de su contacto con las vías del tren” (pp. 17-18). No es de extrañarse que el establecimiento del tranvía surgió junto con las técnicas recién inventadas por el gobierno imperial y la autoridad moral, convirtiéndose en una burocracia centralizada, un control militar, una economía política, y una manipulación biomoral. Al mismo tiempo, lejos de mostrar los tejidos sin costura de las telarañas del poder imperial, lo que está en juego son las complicadas relaciones entre las vidas cotidianas del poder colonial y las configuraciones cotidianas de las identidades indias.

Bear investiga tales relaciones y enredos a través de una serie de escenarios distintos que a la vez se superponen: la experiencia de viaje en tren por parte del público indio, el cual en sí mismo contiene la arquitectura híbrida de la estación de tren, las múltiples diferencias en los vagones, el decoro indignado del patriotismo emergente —a través de “los efectos de la labor de construcción de las vías del tren en las identificaciones sociales y la autodistinción entre los trabajadores” (p. 64)—, que se desprenden en particular de las políticas de reclutamiento de los trabajadores y el surgimiento de colonias formadas en torno al tranvía; y también a partir de las políticas públicas de los disturbios industriales y la agitación nacionalista que se dio a través la ética intimista del nacionalismo popular y los escritos petitorios a lo largo de la historia del tranvía. “El tranvía difuminó la autoridad del Estado colonial en India”; pero “al mismo tiempo provocó indignación acerca de dicha autoridad, lo cual ayudó a conformar comunidades nacionalistas y a crear nuevos contextos para el surgimiento de apoyos políticos y distinciones sociales basadas en ciertas adaptaciones de ideas acerca del honor burocrático, la pertenencia y el *jati*” (p. 18). Dando un giro en esta historia, el entramado exacto de lo personal y lo doméstico con lo biomoral y lo nacional en las redes del tren implica que “las tipologías de respetabilidad, raza, comunidad, y moralidad, a partir de entonces estarían profundamente mezcladas con las experiencias de ambas familias, la anglo-india y la india relacionada al tranvía” (p. 134).

Bear concluye la primera parte del libro con un capítulo compilatorio basado en un peculiar archivo que contiene los

expedientes sobre la nacionalidad y el domicilio de los empleados del tren: europeos, anglo-indios e indios cristianos. Aquí podemos encontrar agudas argumentaciones de “ideas contradictorias de pertenencia, algunas basadas en el lugar de origen, otras en la nacionalidad” (p. 140). Este fascinante apartado que queda en primer plano, contiene intrincadas desigualdades e identidades, de ciudadanía nacional y divina, herencias naturales y familias, y una comunidad racial y genealógica, y con ello construye un puente hacia la segunda sección de la obra.

En esta parte final se presentan los encuentros etnográficos de las familias anglo-indias y las familias del tranvía. Nos encontramos cara a cara con recuentos perceptivos, penetrantes y a menudo inquietantes de mundos densos, palpables e incluso sensuales. Éstos se revelan a través de cuatro registros, cada uno en un capítulo. En primer lugar, aparecen los retratos de una familia anglo-india, como imagen y como narrativa. Los retratos de los mundos íntimos que se apoyan en la sustancia del amor, como una emoción que simultáneamente es una estrategia y un sentimiento. Como estrategia, el amor crea obligaciones y lazos que “pueden reconfigurar de manera retrospectiva los orígenes familiares y su estatus”. Experimentado como sentimiento, “el amor a menudo se santifica al asociarse con el amor curativo de la comunidad católica y ser emanado desde la mujer”; esto último refleja el reconocimiento bilateral de los orígenes. Sin embargo, hay más que agregar a esta imagen. Los retratos familiares (y los mundos que éstos contienen) también revelan (y a la vez ocultan) de qué manera “los orígenes y las esencias están en riesgo constantemente en la vida diaria de las familias” (p. 190).

Más adelante, se encuentran los recuentos de “la particular experiencia anglo-india de pérdida y añoranza de un pasado documental”. La comunidad y sus miembros terminan “en una relación de desigualdad con un pasado y un origen evasivos que parecen desvanecerse, y finalmente, no tener ningún vínculo con el presente” (p. 192). De este modo, se insinúan escenarios donde “los documentos como artefactos materiales y los archivos como instituciones burocráticas han extendido sus efectos a las esferas aparentemente más privadas de las historias familiares” (p. 225). Esto establece el escenario para que Bear considere, en tercer lugar, “el contexto moral-temporal en la co-

munidad ferroviaria actual, la burocracia y su relación con la moralidad del tranvía, la cual surgió bajo la dominación colonial” (p. 228). Los rubros definidos por la disciplina en el lugar del trabajo y las prácticas administrativas intervienen, así como la vida doméstica y las discretas disposiciones sobre el pasado imperial.

En cuarto y último lugar, se representan las exploraciones de las orientaciones relacionadas al espacio de la colonia ferroviaria, las cuales conllevan particularmente dos tipos de misterio: las “influencias sobrenaturales de los espacios públicos del tren y el servicio ferroviario”; y las visualizaciones específicamente anglo-indias de “presencias fantasmales individuales que a menudo son vistas con afecto” (p. 259). Como tal, dichos órdenes distintos de lo inexplicable a su vez están asociados a ansiedades opuestas: el primero, al miedo de la influencia determinante de los espacios públicos y los pasados coloniales de la comunidad ferroviaria; y el segundo, a la aprehensión de su propia insustancialidad. Bear sostiene que estas dos diferentes experiencias de los espacios de la colonia se refieren a “los dilemas de autoformación ética surgidos a partir de la burocracia del tranvía”. Por tanto, “la influencia del pasado colonial... se encuentra en la forma en que las relaciones sociales contemporáneas, los sentimientos que las informan, y las instituciones que ayudan a estructurarlas recrean sus formas históricas en el presente” (p. 259).

Los procesos mencionados expresan la estrecha relación entre las apariciones fantasmales y las historias de los nacionalismos seculares, y a la vez entre lo inexplicable y el nacionalismo romántico, cada uno replegado en formas locales de autoformación ética. De hecho, es justamente a través de la búsqueda de la persistencia del pasado en el presente que la segunda parte del libro sugiere que más allá de las afirmaciones donde las historias del periodo colonial siempre influyen en los contextos poscoloniales, es importante “buscar exactamente cómo y por qué los elementos de dichos contextos se reproducen dentro de los recovecos de determinadas instituciones y espacios domésticos” (p. 282).

Para concluir, Bear reflexiona sobre una serie de relaciones diversas entre legitimidad y linaje; el honor burocrático

y las identidades incorporadas; y la “gubernamentalización, racialización, y nacionalización de la familia” (p. 288) y las suposiciones oficiales, institucionales y políticas de la genealogía. La autora crea un caso crítico para explorar el tejido de las instituciones públicas y los espacios domésticos, se centra en las burocracias tecnócratas morales, los modismos de parentesco y las desigualdades sociales, así como en las comunidades políticas nacionales, las prácticas genealógicas y otras esferas no seculares, ansiosas, emocionales, de ancestros, fantasmas y amor.

Las fortalezas de la impresionante erudición de Bear tienen una doble dimensión. Por un lado, el libro va más allá de las abstracciones analíticas y los marcos formalistas que incesantemente apoyan a las comprensiones de la modernidad. En lugar de ello, Bear explora las articulaciones divergentes y prácticas de la modernidad vinculadas a procesos y enunciacines propias del imperio y la nación, burocracia y personificación, genealogía y parentesco, en el pasado así como en el presente.

La propuesta de Bear es detallar y describir tales prácticas generativas y significados constitutivos llevándolos hasta sus expresiones más concretas, siempre poniendo atención hacia sus particularidades y su condición tangible, su concentración y contradicción, una enorme ambigüedad y oscuridad. Por otro lado, al asumir este quehacer, Bear conjunta un cuestionamiento cauteloso, una revelación cuidadosa y afirmaciones prudentes sobre los mundos sociales. Y aun así, los mayores logros de la autora están en la tarea de representar retratos no familiares, expresar argumentos no establecidos y construir hechos inesperados —detalles, argumentos e imágenes que no abordan lo ya conocido, certezas muertas, sino que hablan a través de los ecos de una sospecha persistente.

¿Acaso no son éstos logros excepcionales?

4

Cada uno de estos tres trabajos se distingue por la elegancia de su escritura: las historias de Chaturvedi se han diseñado como

vigorosas viñetas e historias reveladoras; el estilo de Deshpande es directo, y al mismo tiempo imponente y distinguido; y las narrativas históricas y recuentos etnográficos de Bear están llevados a través del ojo del novelista, con una estética juguetona e imaginación literaria. (Esto último no es extraño, ya que el primer libro de Bear fue una novela que también está situada entre las vías del tren anglo-indias).⁸ Estas consideraciones simultáneas respecto a la sustancia, el estilo y el espíritu —que se empalman unos con otros— son estimulantes y conllevan implicaciones más profundas.

Cada una a su manera, las obras trascienden esencialmente las divisiones ideológicas, a menudo enmarcadas como faltas epistemológicas, las cuales caracterizaban incluso recientemente a las disciplinas encargadas del estudio del Sur de Asia. Mi referencia subraya la división de la historia frente a la teoría, la economía política frente a los estudios subalternos, y la erudición empírica frente a la crítica poscolonial. Afortunadamente, las tres obras en discusión —junto con muchos otros proyectos académicos de jóvenes investigadores— transgreden (y abordan) tales segregaciones. Al mismo tiempo, al ir más allá de las similitudes y considerar las diferencias entre estos estudios, estoy obligado a preguntar: ¿Existe algún aspecto de la historia como conocimiento organizado que guarde tal complicidad con los requerimientos del progreso que incluso en las interpretaciones radicales de los pasados campesinos y las valoraciones críticas de las autoridades en materia necesariamente se evita la no familiarización y desfiguración de las presunciones disciplinarias del historiador, las cuales son dominantes y de largo alcance? ¿Es ésta la razón por la cual, como historiador, encuentro más preguntas —aunque también respuestas— cuando un antropólogo examina no sólo el presente sino también el pasado?

Espero haber dejado claro que el objetivo principal de este ensayo va más allá de la reinstauración de las divisiones disciplinarias y de ahí arraigarse más al equipo propio, o en todo caso, al equipo contrario. Volver lo extraño familiar y lo fami-

⁸ Laura Roychowdhury, *The Jadu House: Intimate Histories of Anglo-India*, Londres, Doubleday, 2000.

liar extraño, no por sí mismo sino precisamente para cuestionar nuestras nociones adquiridas de extrañeza y familiaridad, lleva consigo el riesgo de desestabilizar dichas disciplinas. ❖

Traducción del inglés

PERLA A. MARTÍN

Se agradece la colaboración de

MA. EMILIA PICAZO
en la revisión de la traducción.